

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00045697753

LEONTE OLIVO HIJO

JOYELES

VALENCIA
Imprenta Oficial de Carabobo
1910

JOYELES

LEONTE OLIVO HIJO

JOYELES



VALENCIA
Imprenta Oficial de Carabobo
1910

A VALENCIA

Tierra mía:

Capullos de mi alma, nacidos al amparo de tu cielo, son estos Joyeles, *que no he dejado caldear por tu ambiente lleno de sol, para ofrecértelos en plena lozanía.*

En los días agónicos de tu predio, unas cuantas flores humildes tienen el valor de toda una primavera. No fueras orgullosa ó indiferente alguna vez, ahora que eres infinitamente pobre, y aceptaras las que te ofrendo, colmarías pródigamente el mayor de todos mis anhelos.

Leonte Olivo, hijo.



EXORDIO

De todo lo escrito, amo solamente lo que el hombre escribió con su propia sangre: escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu.
NIESTZCHE.

Yo me he hecho la ilusión de que las producciones que componen este volumen son gotas de agua . . . Son ellas multicoloras por efecto de la luz que las irisó al nacer; por efecto de las sensaciones á cuyo influjo brotaron; sensaciones triviales que pusieron, en ésta, un paisaje vívido junto á otro enfermo; en aquélla, un vuelo de pájaro, una risa, y en las más, caprichos hijos de la sencillez campesina de mi espíritu, que las ve todas, como gemas de un mismo collar, unidas por un mismo hilo de sentimiento y de nimiedad. Creo, pues, que esas gotas nada representan, ningún valor tienen, á menos que representen pureza y tengan el valor de la humildad. Y además de ésto, tengo entendido que no alcanzarán á refrescar almas sitibundas de poesía ni á ser miel para labios acibarados, porque ni bastan para aqué-

llo ni tienen dulzura suficiente para ésto. Y ¿qué misión pueden tener? Enfermas de debilidad desde su origen, ¿qué germen podrán fecundar, qué brote hacer esplender, qué capullo hacer aromar? Mas, ellas poséen la honda virtud de ser ingénuas como el mismo manantial que las generó; manantial recóndito y humildísimo que nació con mi corazón y que no conoce cauces artificiosos que enderecen sus malas corrientes, porque no ha corrido nunca sino en su propio lecho, viciado y burdo.

*

Dicen que no hay nada más puro que esas gotas de agua que en los cálices de las flores recogen el sol mañanero y se consumen cuando han dejado un átomo imperceptible de vida para la planta que las sostuvo . . . Mi mayor orgullo constituiría en que estas gotas de agua fueran prestigiadas por el sol del Éxito y se evaporaran luego, dejándome en premio un átomo de ese sol conque pudiera alumbrarme en las horas oscuras de mi vida! Pero yo no soy un engañado para imaginarme que tal cosa llegue á suceder, porque yo sé que mis gotas no son nada, aun antes de que los días comiencen á mustiar sus colores y me hagan aquélla comprobación, terrible sinó la esperara; pero así y todo, triunfadoras ó nó, tragadas por el tiempo ó impasibles á su influjo, las amaré más y más, porque ellas, muy pobres, muy nimias y muy mías, habrán de recordarme siempre los dulces lirismos de mis veinte años!

JOYELES



EL TRIUNFO DE LA LAGRIMA

—Soy perla desprendida de los cielos; hago germinar colores y perfumes. Caigo en las mañanas en que celebran sus nupcias las neblinas y el suelo. Cuando he refrescado la planta, me mata el aura. Cuando el tibio rayo del sol me toca, doy luces como el brillante y me evaporo. En mí viven los espíritus de las rimas como el oro en los cuarzos.

Y como arpegios de cítaras, el eco á lo lejos repitió:

—Soy la gota de rocío! . . .

*

—Vivo entre colores y entre esencias; nazco en medio del trinar de los pájaros, el aletear de las mariposas y el zumbar de las abejas. Por mí aman los insectos á las flores y guardo para todos los labios dulzuras inefables. Doy perfume y soy precursora de vida en la colmena. Soy rubia como el primer rayo del sol al amanecer.

Y las brisas recogieron en sus alas impalpables estas frases suaves:

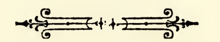
—Soy la gota de miel! . . .

*

—Soy una gota turbia, pero albergo más pureza que las demás. No vengo del cielo, pero broto del corazón. Ni perfumo ni doy vida: quemo los rostros y soy más amarga que el áloe. Si nazco entre satisfacciones, entonces soy dulce y casi luminosa. Estoy en la borrasca y en la calma; en el tugurio y en el alcázar. Mi dominio se extiende á todos los corazones y á todas las almas.

Los azules cielos se nublaron; tuvo la brisa quejumbres y sobre las cosas se cirnieron estas dolorosas palabras:

—Soy la lágrima! . . .



FLOR DE ILUSION

En la tierra roja y terronosa, casi estéril, de aquél tiesto emparejado á golpes, había logrado extender su raigambre la estaca enclavada y largar al aire, como delgados y espinosos índices, sus flacos retoños exhaustos de sávia.

Y fué en esa planta raquítica, á la cual la Naturaleza negó su beso de fortaleza, donde el poeta que vivía en medio de la más dulce lucidez y en la reja de cuya habitación estaba el tiesto emparejado á golpes y lleno de roja tierra casi estéril, puso el afán de sus largos días y de sus noches largas, anhelando verla enjoyada con pétalos y oliente á esencias.

Y fué á fuerza de tanto afán que hizo brotar en la punta de uno de aquellos retoños flacos y exhaustos de sávia, un diminuto botón:

—Mañana, cuando venga la aurora, abrirá —se decía, pero el botón enfermo no abría sus pétalos.

Al despuntar una alba, dos pequeñas arañas tejieron su claustro sobre la esmeralda del bo-

tón con la seda casi impalpable que guardaban en sus entrañas y algunos gusanillos finísimos de luz, sobre la seda del claustro y sobre la esmeralda del botón, se encerraron en primorosos castillos de seda.

*

Una tarde, hermosa y alegre tarde, á la hora en que el sol quebraba en ocaso sus últimos rayos, huyeron de su claustro de seda las dos arañitas, y rompiendo en cruz la bordada seda de sus primorosos castillos, alzaron el vuelo los gusanillos de luz transformados en mariposas de oro, dejando al aire, casi abierta, la flor triste que como una diminuta estrella de perla, brotó de la esmeralda del botón.

Casi miedoso ó admirado casi, miró el poeta cómo fueron á perderse entre el gris del atardecer las mariposas de oro; y corriendo á su reja, aprisionó entre sus temblorosos dedos de recluído la flor que sin esencia había brotado de la esmeralda del botón como una diminuta estrella de perla, y al despetalarla, exclamó melancólicamente:

—¡Así las ilusiones de la vida! . . . Amamos un algo, ciframos nuestro empeño en él y hasta con lágrimas lo fecundamos y luego nos resulta como esta flor: enferma, mustia, inservible! . . .

HILOS LIRICOS

Fue un soñador bohemio, un artista que amó las noches plenilunares como á novias buenas.

De su lira, á manera de cascadas de pétalos, salieron los ritmos en honor de los oros y la plata de los astros que se abrían en la sombra como flores luminosas.

Amó ingentemente el rubí de Marte; quiso el zafir de Perseo; se encantó con la perla de Venus, y una á una, les prodigó pasión á esas gemas radiosas engarzadas en espléndidos caprichos en el auriazulado cielo tropical.

Rimó la timidez del rayo que formó un charco rutilante cayendo sobre el cristal del agua ó bañó la cruz blanca de abandonada tumba; la travesura del que sorprendió dos amantes ó se filtró por la ojiva entreabierta á besar el seno de una núbil; la generosidad del que fue cirio mortuorio para el guerrero exánime en el campo de batalla y lámpara para el misérrimo á oscuras.

Y su alma ascendió por los blancos hilos que descolgaron en las noches la luna y las estrellas, y les murmuró en sus entrañas todos sus amores y todas sus tristezas.

Y la luna y las estrellas correspondieron tan extraño amorío, enviándole cándidos mensajes por los blancos hilos que descolgaron en las noches.

Y pasaron días y se fugaron meses y corrieron años; y siempre hizo ir su alma á decir amor á las altas luminarias.

*

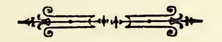
Una mañana, en solitario arrabal, sin mirar siquiera una de sus novias, extrangulado por el vicio, murió el lírico bohemio, el soñador que quiso las noches estrelladas como á novias generosas y buenas.

Lo llevaron á un hospicio y sobre una mesa fría le desgarraron el pecho y le rompieron las vísceras con finas pinzas y afilados escalpelos. En él, los Profesores dieron anatómicas lecciones, para dejarlo después, sólo, con la fija mirada penetrante clavada en lo alto, en el cielo que se sombreaba, de costado al crepúsculo sangriento veteado de llamas.

Vino la noche y lo encontró, viendo á través de los cristales de la sala de autopsias, con el pecho desnudo y sin un cirio que alumbrase su soledad; y la luna y las estrellas lo supieron, y para velarlo, juntaron todas su lumbre y la filtraron por los cristales para iluminar el

pecho que había dejado de pertenecerles por pertenecer á la Muerte.

Y vino la madrugada y en la madrugada, de casi junto á la luna ó de élla tal vez, como una lágrima, cayó del espacio en el espacio una estrella fugaz; y las otras estrellas, llorando rocío, se despidieron de su amante empapándolo de luz, pues el día, despiadado enterrador, rompiendo los hilos blancos que descolgaron del cielo, les arrebataba el cadáver querido para hundirlo en una tumba sin nombre, donde no iba á ser visto de ellas por los siglos de los siglos! . . .





EL PRIMER MILAGRO

Huían como banda desordenada de cuervos blancos los últimos restos de neblina, mientras la aurora abría su abanico de colores y la araña del sol, escalando la seda turquí del cielo de Galil, entramaba sobre los campos y sobre las montañas calvas, una maravillosa maraña de oros.

Con las ánforas á la cabeza y á los hombros, las mujeres volvían de las cisternas, entanto que por los cuellos trigueños un fino hilillo de agua bajaba á refrescar sus túnicas de suaves tonos azules y róseos y sus senos de canela clara.

En blancos tropeles los rebaños salían al campo manchado de pequeños lagos que fingían raras banderas de refulgente acero, tiradas sobre la hierba cuyas espigas comenzaban á enrubiecer.

Bandadas de aves eran voladoras ágatas bajo la abierta pupila del sol, mientras que en el

occidente confuso desaparecía el curvo esqueleto de la luna menguada.

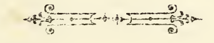
Serpeaba un camino rojo y lleno de pedriscos los lomos de las colinas y se internaba en el pueblo, adormecido al cantar del viento en los follajes de las palmeras y bajo el aliento cálido del sol que encendía las arenas.

Seis camellos viajaban fatigosamente hacia el sur palestino, mientras venía hacia el pueblo una larga hilera de asnos, que eran la recua de unos comerciantes extrangeros. Venía de muy léjos, de más allá de dónde se fundían cielo y tierra en una raya azulada y más allá de las ondas jordánicas. Traía oros purísimos, mirras de sándalos famosos, inciensos de lauredales indúes: oros raros para comerciar y mirras é inciensos para perfumar las casas ricas, las sinagogas y los grandes templos.

Tres comerciantes bajaron á una casa pobre y pidieron agua para éllos y agua para sus animales; y como en el patio de la casa, bajo un datilero, había una cisterna que daba agua fresca y cristalina que provocaba beberla, bebieron éllos y bebieron los asnos sitibundos.

Los extrangeros eran ricos y eran generosos, y sacaron de sus muestrarios de cuero perfumado, para dar en la casa, oro, incienso y mirra, y los pusieron al alcance de un niño que miraba al cielo con sus dulces ojos azules, acostado en un lecho de menudas pajas y lanas de ovejas humildes y melancólicas.

Los viajeros saltaron sobre los lomos de sus pardos borricos; y Jesús sonrió plácidamente al reposar su mano de flor sobre las pepitas de oro y mirar que de ellas salieron á los aires, aleteando triunfalmente, las primeras mariposas amarillas! . . .





LUCIERNAGAS

NOCTIVAGA

Sutilmente al jazminero baja un rayo muy fino de la luna, y por la misma escala mágica de oro, asciende el perfume de los jazmines. Cada jazmín es una flor de plata; cada hoja y cada tallo, son una hoja y un tallo de oro y de sombra.

A trechos, como luminosas rosas dispersas, asoman sus caras curiosas las estrellas. Una nube vela la luna, rompe el amoroso idilio que ésta sostiene con el jazminero en flor y corta el beso áureo correspondido con el beso perfumado! . . .

ESTADO DE ALMA

Vivir pensando en alegrías, cuando estas casi no existen y perennemente imaginarme brillando el sol, el sol que nunca jamás desleirá la nieve amontonada en el alma, y haber tánto y tánto frío que agarrota las ilusiones, y pensar que ese frío no acabará nunca, me quita la fir-

meza que tengo «para salir triunfante del combate cuando venga la Muerte!»

Flor para una Sultana

Pasaste bajo la fronda del parque con la magestad de una sultana morisca. Vestida de azul purísimo parecías estar envuelta en un girón de cielo: por eso á tu paso, flotaron en los aires, salidas de todos los ramajes, cascadas de armonías y cascadas de perfumes emanaron de todos los capullos entreabiertos: trinos y esencias te saludaron, porque encarnabas una aurora, una gran aurora de hermosura.

Por eso fue que á tu paso flotaron en los aires, salidas de todos los ramajes, cascadas de armonías y cascadas de perfumes emanaron de todos los capullos entreabiertos . . .

El Lloro eterno

Antes de que Dios hiciera la tierra, parte del caos se rebeló contra Él, y Él la castigó convirtiéndola en las montañas que hoy se ven diseminadas en la superficie del globo.

Cuando resonó la palabra FIAT-LUX! y ya tuvieron los corazones fibras para sentir el Dolor y los ojos lágrimas para expresarlo, se conmovieron las montañas en suprema convulsión de angustia y para expresar la pena que les causaba el fin de su madre la Nada, empezaron

á verter, silenciosamente, las lágrimas eternas de los ríos! . . .

Cromo

En la bahía trémula, mientras el horizonte se borra bajo el manto bruno de la sombra y, melancólicamente, las gaviotas se acojen al alar esmeraldino de los mangles, muere en una decreción pálida en la vela sucia de una vieja goleta el postrer beso del sol; y el último tono lila del crepúsculo, pinta en las aguas tembllorosas una larga cinta sangrienta.

Las barcas, como marinos pájaros soñolientos, cabecean entre la oscuridad que entristece el cielo; y la última golondrina, piando, revuela locamente sobre la hilera de sucias barracas, enclavadas en la calle hecha á tajos en el ceniciento pedernal espolvoreado de tierra color de bronce.

Luego la luna menguante asoma su ojo oblicuo, como asechando el sueño del pueblucho que duerme, al arrullo oceánico, acurrucado en un rincón sinuoso de la costa.

La Piedad del Invierno

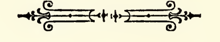
Este mediodía de octubre, el Invierno ha abierto en el cielo sus rosas grises, todas sus rosas deformes, hasta oscurecer el sol.

Un viento gélido extremece los cuerpos y hiela las almas: á su influjo caen las hojas de

los árboles trazando fugaces curvas y trémulos zigzags dolorosos.

La soledad espantable de estas calles, sobre las cuales la lluvia se desgrana perezosamente, crispa los nervios más que el avance magestuoso de la niebla que abre su inmensa mano blanca, como queriendo aplastar la ciudad silenciosa y entumida.

. . . Y pienso entonces que el Invierno es más piadoso que nadie, cubriendo con blanca mortaja á la vieja ciudad bizarra, á la heroica ciudad muerta! . . .



LA MUSA NUEVA

Ven! pálida Musa, coronada de lyses y tísicas azucenas sin perfume: preciso es que tu azul pupila se recree en los paisajes de esta tierra, pródiga de hermosuras.

Ven! Ya es tiempo de que tu tez cirial se enrojesca y la sangre palpite en tus arterias con la primera fuerza de la vida.

No dilates tu venida, que ya las neblinas melancólicas—tus hermanas en silencio y en albura—se dispersan hacia el cielo que el sol empieza á incendiar.

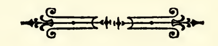
Aquí, á tus ojos cansados de verter lágrimas y contemplar tristezas, les cantarán himnos de admiración los negros tordos que se engríen de amor en las pencas altas de los chaguaramos.

Tus pulmones enfermos sanarán respirando las esencias conque te incensarán los caobos tiernos y los mastrantales bravíos; y tus labios

anémicos se tornarán en rojos cuando prueben las áureas pomas de los poblados jobos.

Ven! Tú que no sabes sino de las gélidas flores albas que prende la nieve en los escuetos ramos de los pinares lánguidos; que no has paseado sino por praderas de lilas y entre trinos de ruiseñores; ven! para que luzcas tu donaire bajo arcadas de palmeras y arpegios de paraulatas y turpiales y pruebes la miel que se derrama en las colmenas y el azúcar que destilan las cañas, coronadas de espigas rubias como rayos de sol.

Musa: Ven á mi terruño, porque vivir en él esa es la vida y porque aquí, tu tez se tornará en brillante y suave como la flor sonrosada del cafeto, tus labios serán purpúreos cual las peonías y tu sangre, que ha agotado su vigor en la infeliz tristeza del exotismo, será pura y roja como la de los toros sanos! . . .



ORO, AZUL Y ROJO

La sabana estaba desierta y el cielo ostentaba los colores de nuestra bandera: tenía oro deslumbrante en el oriente, azul purísimo en el cenit y una límpida pincelada roja cubría las pintorescas lejanías occiduas.

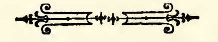
El sol derramaba sus últimas luces, haciendo tornasolar los múltiples verdes de los herbazales espigados. Aqual día la sabana era una inmensa esmeralda tachonada con los lumbrosos diamantes con que, al besarla, la había ataviado la lluvia.

Lejos, á los pies de una pequeña colina, se dastacaba una cabaña de palmas, de techo jiboso, de agujereadas paredes, con sus humildes rejas de madera y su puerta burdamente labrada, sobre la cual lucía modesto símbolo cristiano hecho de dos ramos atados con resecos bejucos, que sostenían una parásita que en los días primaverales se adornaba con temblorosas flores–de–mayo moradas y blancas. En la cabaña vivía una familia de labradores; y todo era allí tan bello que hasta «la tierra húmeda olía á gloria.»

Cual sierpe de puntiagudas escamas de acero, salió al camino, dando á los vientos el empolvado color de su bandera y el grito agudo de su clarín mohoso, una guerrilla revolucionaria.

Los guerilleros saquearon la cabaña y luego le prendieron fuego; en tanto que á torrentes brotaban las lágrimas de las víctimas y se extinguía la postrera llamarada del incendio con la última del sol, la bandera de la Patria que estaba en el cielo, avergonzada quizás del salvajismo de sus hijos, borróse rápidamente dando sus colores á la noche que venía.

Y me antojé que ese sol que se hundía en medio de los sangrientos rubíes vespertinos, era el sol de nuestro vigor atávico, apagando sus reflejos en estériles charcas de sangre fratricida.



ALMA DE LA SABANA

A B. VALLENILLA LANZ.

Es un raro crepúsculo verde, prendido en el cielo como una gigante flor de esmeralda. Es un crepúsculo adornado de profusas cintas verdes, como una muchacha montaraz que estuviera de fiesta. Miente un proficuo manantial de retoños primaverales desbordado por todo el ocaso, hasta perderse en él mismo, en el misterio de la tarde que inmola ante las estrellas que comienzan á radiar trémulamente, todas sus azucenas de oro y sus margaritas sangrientas.

Bajo el frondoso follaje crepuscular, la sabana se duerme en el nido de su propio silencio, como si fuera un inmenso pájaro mudo; y ahora, las brisas la arrullan con sus églogas serranas, diciéndoselas en los blancos oídos de sus lirios.

Al reflejo de la pulcra esmeralda vesperal, miro avanzar por sobre los largos caminos rojos las compactas caravanas de las sombras,

envolviendo en su húmeda tela negra las heridas cálidas por donde se introdujo el sol hasta las entrañas de la tierra, á depositar el fúlgido oro que será sangre amarilla en los racimos de las guayabas próximas y tinte de topacio en los yerbazales viejos.

Ahora pienso que la sabana tiene un alma, nacida en quién sabe qué rito misterioso de nuestro ignorado tiempo aborigen; y creo que como nuestros pueblos, fue bautizada con agua sacramental de melancolía, que le dió la virtud de ser bella y hermosa, compadecida y triste, como el alma nacional.

Nada hay que hiera más cruelmente mi extraña creencia, como la desesperación de la sabana ante los plenos cielos de zafir y los soles bárbaros, porque la veo extremecerse en una como agonía dolorosa, sin una suavidad que se la mitigue.

Esta sabana, á la cual deben ser iguales las demás sabanas venezolanas, parece estar suspirando siempre por la vaguedad de los días lluviosos.

He llegado á entender que es más bella y feliz cuando el invierno descuelga sobre élla sus festones de rosas grises, que cuando respira el calor de los incendios solares, porque al verla cómo tiembla, me imagino que está sufriendo hondamente y que acaricia la ilusión inalcanzable de vivir bajo el palio de un cielo siempre gris, bordado con bandas de garzas melancólicas y de golondrinas dolientes! . . .

LOS PAJAROS DE MI TIERRA

IMITACION.

La luz brillante de la aurora vierte sobre la tierra bienhechoras claridades.

Todo respira contento y los pájaros cantan en lo alto de los árboles y en el corazón de las selvas del terruño.

Ya el lívido espectro de la matanza ha buscado refugio en la negrura de la noche.

Los cuervos, cansados de picotear cadáveres, no pasan rondando sobre la cabeza de los que van á combatir.

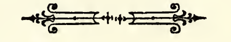
Los hombres, cansados de pelear, tornan á los tristes hogares á ser soldados del trabajo.

Los ejércitos de trabajadores van á los campos á labrar la tierra que se fertilizó con entrañas y se amasó con sangre.

Los surcos esperan las semillas y los árboles no muestran colgajos de carne sangrienta, arrancados por las balas de fusiles y cañones.

La Patria está alegre: va á reponer la vida que se escapó de sus venas cuando sus hijos se despedazaban en los campamentos.

Por eso la luz brillante de la aurora vierte sobre la tierra bienhechoras claridades: todo respira contento y los pájaros cantan en lo alto de los árboles y en el corazón de las selvas, porque en mi tierra, ¡hasta los pájaros celebran las alegrías de la Patria! . . .



PRIMAVERAL

La luz, cayendo sobre el suelo húmedo, lo estrellaba de plata y donde el agua se había encharcado, ponía pequeñas ciénagas deslumbrantes.

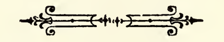
Era la primera mañana de lluvias: irisadas gemas colgaban de los árboles floreados; y como el ala gigantesca de un buitre, una niebla plomiza rodaba perezosamente sobre el lomo de la sierra, de cuyos ariscos flancos se descolgaban los arroyuelos como espadas de azogue.

Almendroneros y marías, tintos en gualda y rojo, manchaban el fondo oscuro–verdoso de los castaños, á cuyo alar inquieto y rumoroso vivía el pueblo.

Era la primavera y era marzo: los requemados pajonales erguían sus coronas de espigas y en las siembras se abrían paso los malojales crecientes.

Luego vinieron más brumas y apiñándose sobre el sol, deshilaron en sus ruecas misteriosas toda la lluvia que entrañaban.

Los pájaros se echaron al vuelo hablando musicalmente de la alquimia de las aguas de los cielos, mientras en la blanca iglesia del pueblo anémico, dormido al alar de los castaños en los flancos impasibles de la sierra, las campanas llenaron los aires de sonoridades, en tanto que, simulando el beso de los cielos, caía de los apamates una lluvia de campánulas, como una nevada lila, sobre los suelos taraceados de estrellas y de ciénagas de plata! . . .



MEDIO-TONO

Plena noche de julio, clara y fría.

El río vierte su linfa temblorosa contra los babosos peñascales impávidos y se fuga impetuoso y espumante bajo el jabillal umbrío.

En las laderas se asoman las flores, mientras el chirrido penetrante de un pájaro agorero que pasa, es como una garra que rasga el silencio de la hora.

Sobre los jabillos erizados de dardos, como sobre el acero asesino la cubierta joyante, perfuman las blancas lunarias; y los pascueros asaltan las ramas y entraman las guirnaldas que han de recamarse, al correr los días, con pompones acampanados azules, rosados y blancos, en cuyos senos, como poemines cándidos, fulgurarán maravillosamente las gotas de rocío, delicadas y cristalinas.

Una carcajada harmoniosa, juvenil, llena la noche, circulando como una sangre extraña por las arterias de los aires, hasta desvanecerse y ser nada bajo los cielos . . .

El río—eterno y ardoroso amante—sueña, dormido en su lecho de tierra, en besar una á una las estrellas! . . .



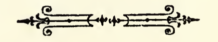
LA TORRE

Es una vieja torre venerable. Manos ignoradas la alzaron triunfalmente en el medio del pueblo, en pleno centro de él: de suerte que vino á ser su corazón y como tenía nivosidad de cosa nueva, fácil era imaginársela el corazón blanco y puro del pueblo que nacía. En sus pisos, en sus columnas y arabescos burdamente bordados, anidaron palomas y golondrinas, que revolaban locamente en su torno, cada vez que las campanas se convertían en surtidores de nerviosas músicas asordadoras. Y palomas y golondrinas, humildes aves de paz, fueron el alma alegre de la torre, albo corazón abierto para siempre bajo los cielos.

Una ocasión, en la guerra, la llenaron de soldados. Entonces empezó á amarillear, comenzó á entristecerse, viéndose convertida en torre de muerte. El pueblo fue teatro de una matanza de hombres útiles y como había muchos guarecidos en la torre, á ella convergieron los fuegos, dejándole millaradas de agujeros. Las balas abrieron en los cuerpos de algunos desgraciados, hondos y abundantes manantiales de sangre, que mancharon aquella blancu-

ra inmaculada. Más bien parecía que era la torre que los vertía. Con la sangre se asombraron y huyeron las palomas y las golondrinas; y en el medio del pueblo, ya para siempre, se quedó la torre como un inmenso cadáver en pie. Hasta sus campanas, golpeadas por las balas, perdieron sus voces harmoniosas, y ahora, cuando las tañen, parece que doblaran á muerto.

Con la torre murió el pueblo; cuando el alma de aquélla huyó, él quedó sumido en un sueño mortal del que nunca despertará. Y élla, agrietada y renegrida por el tiempo, es ante el ojo venezolano, como una maldición perpetua y formidable á nuestras contiendas guerreras! . . .



ENERO

La primera rosa del rosal del año, en cuyo torno vuelan hasta consumirse, hasta ser nada, las treinta y una abejas de oro de sus días, entre el suave veneno adormecedor de las brisas frías, plenas de perfumes de flores nuevas.

Infancia del año en que hasta las palabras suenan primaveralmente; en que el corazón rima sus más puras cadencias, en las mañanas color de heliotropo en que el sol yergue más de prisa su refulgente casco de oro, y en las noches casi azules, de lunas gloriosas y triunfales.

Blanco camino por donde se van al año todas nuestras alegrías y tristezas, dejándonos sólo el recuerdo del espejismo de que se valió para embriagarnos, para que le confiáramos nuestros más caros ideales.

Y es raro ataúd varicolor, constelado con los enormes ojos radiosos de sus lunas triunfales y su sol glorioso, que lleva á los podrideros del desengaño, la carne rosada y pura de nuestras esperanzas más queridas! . . .



NOCTIVAGA

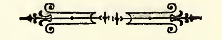
A ISMAEL CARDENAS C.

Por la ventana, con triunfal majestad, entra un ancho rayo de luna, frío y rubio. Se ha colado por un claro de la trinitaria hojosa, ha besado largamente los capullos con su oro milagroso y ha burilado en el suelo un blondo capricho chinesco, como una gran pupila amarilla en la cuenca sombría de la alcoba.

La brisa que ya huele á pascuas, á albahacas y á mastrantos ardientes, ha hurtado á un organillo que suena no muy lejano, para vibrarlas en mi oído, sonoridades leves como arrullos; á un organillo que en el patio terroso inundado de luna, de la casa exigua y tosca, bajo el prestigio de los azahares del limonero añoso, va desengarzando sus rimas melodiosas, hasta embriagar de músicas mi alma, que entonces siente la vida más intensa y hondamente.

. . . Ahora, después de breve pausa, el parlero organillo recomienza su habladuría musical y caprichosa, recitando el poema de un joropo criollo. Y mientras la luna acre-

cienta sus pródigos raudales áureos y la brisa vuela llevando efluvios de albahacas, de pascuas y de mastrantos ardientes, me finjo esa música nacional, ese alegre joropo que se aleja, el alma fugitiva de la tierra, tras la cual vuela mi espíritu como tras una novia que me quitara todos los dolores! . . .



FEBRERO

Mes de los alegres amaneceres, el raquítico mes en que Momo pasa, triunfal y alegre, bailoteando y dando al aire el perfume de música de las flores de sus cascabeles ruidosos, y dejando en las almas, entre cantos y entre carcajadas, semilleros de recuerdos: . . . Desgrana unos ocasos más y se desenroscarán bajo la gloria vesperal, tus serpentinas multicoloras y tintinearán en los pavimentos, entre la bullosa granujería, tus vistosos confettis de algodón; las comparsas de máscaras ridículas romperán el dulce misterio de las noches de luna, para que luego Carnaval cierre por un año su pintarrajeado abanico, marchite sus tres flores multiformes y toque su pito burlón y agresivo; y tras el trofeo, asome su cabeza el buen Momo cariñoso, seis horas antes de brillar el místico sol de la Cuaresma, para hacer una última mueca de despedida, cansado ya de haber bailoteado triunfalmente y haber dado al aire, como un estandarte lírico, el perfume de las flores sonoras de sus cascabeles, y dejádonos en el corazón un semillero de anhelos interminables, por el día en que llegue el Carnaval de las almas! . . .



LIENZO INVERNAL

La primavera, con regia esplendidez, ha diluido sobre la tierra que ahornagó el sol vernal, la gama de sus colores.

Los primeros besos fríos de las lluvias han puesto su tesoro de brillantes en las puntas de las hojas y en los surcos ávidos.

El viento polar que sopla en esta mañana ha extendido una mancha neblinosa que ha enturbiado la luz del sol.

El polvo no se nos mete en los ojos ni nos penetra en los pulmones.

La canícula vernal ha pasado: el sol da suavemente su calor.

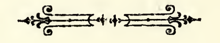
La sabana se cubre de yuquillas lilas y de albos lirios diminutos.

En las palizadas los chuzos pimpollean y sobre los brotes alarga el cundiamor sus bejucos.

Y tienen los bejucos finas flores amarillentas, de pétalos sencillos, de un gualda pálido, como de oro enfermo.

Y ahí está el fruto: colmena áurea que guarda mieles en panales de rubíes; madrépora aurina de nácares de peonías, donde roban las abejas la goma líquida que en la celda del panal transforman en perlas amarillas.

Yo amo el cundiamor como un símbolo, porque cuando al fuego tenue del sol en la aurora, abre la entraña para dejar resbalar, grumo á grumo, su rojo tesoro, me lo antojo el corazón de oro de la Patria, goteando sangre de la misma que logró arrebatar á la tierra, de ese inmenso caudal derramado en las luchas del hermano contra el hermano! . . .



MARZO

Se abre la mina de Marzo y se contempla la Primavera, á través de los cristales de los días, durmiendo un maravilloso sueño de fecundidad, enjoyada con toda suerte de pedrerías, «como la cola abanicada de la real ave de nuestros bosques», que abre sus mil ojos irisados al encanto fantástico del sol.

Y la mina primaveral tiene blancos ópalos y pálidos granates muertos para resucitarlos en los huertos, transformados en rosas blancas y rosas rojas; hilos magníficos de esmeraldas vívidas y profundas para vestir de primores los esqueletos de los árboles; guirnaldas de amatistas claras y topacios intensos, para adorno de los crepúsculos.

Las fuentes aprenden los más tiernos arrullos y las más puras cadencias de los pájaros, para decirlos en el misterio de las noches, cuando finjen largos hilos escurridizos de profusas estrellas.

Y es entonces que las tristezas y los desengaños vuelan, como un bando de palomas negras, sobre la primavera de la tierra y de las almas, á purificarse en los cielos del Ensueño! . . .



HEMOLLORO

A JOSE A. PAZ GARCIA.

Finamente la luna entinta de oro la ancha avenida silenciosa, mientras Sirio asoma su áurea cabeza entre una gran montaña de nubes grisáceas.

Una guitarra llora una tristeza muy honda con sones lánguidos y suaves, que se van expandiendo harmoniosamente.

El río entre las yerbas y en las arenas, enreda su larga veste azogada; y la luz, pasando á través de los follajes, mancha el suelo de desiguales fantasmas.

La rima cristalina del aura la enturbia el ladrido de un can en vela.

Palpitan de amor las cosas: sólo mi corazón está aterido, y mientras lloro la muerte de una ilusión con lágrimas de dolor y de sangre, van muriendo también en la noche, bajo la luna, bajo el cielo, las últimas notas suaves de la guitarra, que llora lánguidamente una tristeza muy honda! . . .



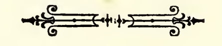
ABRIL

Abanico maravilloso de treinta varillas unidas por encajes de auroras y sedas de ocasos, que lentamente te vas abriendo y nos vas mostrando fusiones de todos los prismas y colores de todas las paletas: cuando vienes vertiendo sobre las frondas tropeles de flores, mundos de perfumes y arcas de todos los verdes y pones en cada nido una lira y en cada lira una canción; cuando en los inmensos espacios de intenso azul fulgurante, se van prendiendo las primeras blancas nébulas y se van cuajando —plomizos anuncios del invierno—los nubarrones, es que que mi alma se hincha de amor, ensueño y esperanza y se baña en los treinta chorros de vida de tus días.

La simiente enterrada, el tierno brote que entre cortezas late, el capullo y la crisálida que en sus cárceles duermen fecundos sueños, la colmena rebozada, esperan sólo el beso de tus auras para deleitar la pupila, llenar el alma de músicas y de dulzuras los labios.

Mañana vendrá Mayo y continuará la procesión de tus bellezas! Conserva, mes policro-

mo, en los ramos las cosechas de tus poemas de seda y la gama triunfal del verde; en los pájaros, la estación de los cantos, y en el cielo, el azul y el blanco del ensueño y el amor. Y ya que es por tus labios por donde dice el año la canción de su alegría, mantennos tus notas vibrando en los oídos, para hacernos inmunes al Dolor, cobijados de poesía y de iris! . . .



RAMO DE LUMINARIAS

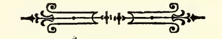
Cuando la noche con sus negros oleajes inunda al mundo y recama su piel oscura con diamantes de la mina de los cielos, entre éstos y la muda extensión de la sabana marca su silueta un alto bucare centenario.

En esa hora toda hosquedad, el viejo árbol parece alegrarse: el dulce psalmo de la brisa vagabunda vibra entre sus ramas y el cercano manantial le envía un fino hilillo de agua que le refresca las raíces. Entonces los capullos le saltan de gozo y se abren cuando del tupido matorral inmediato vuela y se posa en el ramo más despoblado una radiosa luciérnaga.

A esta se agregan otras y otras, hasta formarse un ramo luminoso, como el fruto de una viña formado de resplandores, hecho de un oro brillante y pulido que tuviera intensas fulguraciones.

Y al contemplar el rejuvenecimiento del alto bucare centenario; la luna, envidiosa quizás,

se oculta tras una bruma que pasa y filtra á través sus rayos suaves, que se desmayan al intentar bañar en luz la luz hermosa de las luciérnagas, radiosas flores inquietas de nuestras noches tropicales! . . .



MAYO

A FRANCISCO URRUTIA.

Al despuntar la aurora, la brisa agitaba las banderas de los que iban á combatir. Un hilo de agua, fino y delgado, dividía el campo donde iba á efectuarse la lucha de fragancias y colores. Ambos bandos eran poderosos: ¡cuánta hermosura con la Campánula!; con la Rosa, ¡cuánta belleza!

*

Cuando asomó el rey–astro, los girasoles batieron sus pétalos, convidando á luchar al enemigo. A poco, aceptando el reto, la caléndula flameó su roja seda, y empezaron los brotes, el agitarse de las hojas, el esparcimiento de esencias y hubo en cada cáliz, junto al diamante del rocío, un topacio de miel.

Zumbador, como banda de cuervos diminutos, sobre los combatientes revoloteaba un enjambre de abejas rubias . . .

Y el combate fue recio: amparados por una pequeña piedra y al frescor fecundante del hilo de agua, los myosotis habían avanzado hasta

el campo contrario, en tanto que las dragonesas se habían internado entre un grupo de contrarias margaritas. Regimiento pujante, los claveles se mantenían firmes en sus puéstos, mientras los jacintos y pensamientos enemigos se batían vigorosamente.

*

A la caída de la tarde, los contendores estaban cansados: se había peleado bravamente y el triunfo estaba indeciso, y cada vez con más fuerza, ocultos entre las guijas, los grillos tocaban ¡fuego á pie firme! con sus agudas trompetas monótonas.

Hubo un grito! Herida por la muerte, la Campánula, la blanca Campánula, yacía en el suelo, mientras sus soldados, mustiándose, se acogían á la derrota.

*

Vino la noche y en la noche una araña tejió á la Reina muerta, con la seda más sutil de sus sedas, con el hilo más fino de sus hilos, una mortaja blanca, una blanca mortaja melancólica.

Y cuando ya la aurora fue una maravilla, los pájaros con sus ingentes harmonías, saludaban el primer día de Mayo! . . .

LA CRUZ DE MAYO

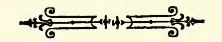
El mar se rompe sonoramente contra la muralla en ruina y prende en la arena más fina de la playa y en las rocas negras, sus albas flores de espuma.

Está estrellada la noche. El cielo está casi azul, y las estrellas diluyen sobre las aguas en alboroto, un almo polvo de oro. Un blanco navío se balancea pesadamente al compás de las ondas oscuras, y sus mástiles, junto con los de otros barcos, manchan el azulado fondo del horizonte.

Como bandas de cenicientos pájaros enormes, parten las barcas de los pescadores, mientras ellos cantan alegres barcarolas.

Brilla una luz muy radiante en el confín. Esa luz me hace pensar en mi terruño. Instintivamente dirijo la vista hacia el Sur y me la recorta la mole de granito de la cordillera; la levanto en la misma dirección y contemplo la Cruz de Mayo, con sus luminosos brazos abiertos, como significándome que me la protege contra todas las asechanzas . . .

Y mientras en esto pienso y me alejo, el mar continúa rompiéndose sonoramente contra la muralla en ruina y prendiendo en la arena más fina de la playa y en las rocas negras, sus albas flores de espuma, en tanto que las estrellas, sobre las aguas sonámbulas, diluyen un almo polvo de oro! . . .



JUNIO

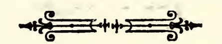
Como un mago generoso, que la eres de luengas barbas grises y de pupilas turbias, brindas á las arboledas un verde profundo y pones en sus cabellos ensortijados las diademas musicales que te regalan tus chicharras, nacidas á la caricia de las lluvias que vuelven lírica la tierra.

Posees el filtro mágico de Mefisto, y por eso de tarde, cuando pomposamente fluye el sol su oro milagroso, las acacias se engalanan con sus lazos de seda roja para coquetearle á tu espíritu, caballero bizarro en los corceles del éter.

Todo música es tu poema: en el inmenso pentagrama de tus cielos, las nubes grises y blancas, pintan raras cadencias fantásticas.

Apesar de que eres hermosamente bello, radia en cielos lejanos la estrella blanca de tu fortuna: por eso no todas las liras te cantan, por eso no todos los cármenes te aroman, pero en cambio, todas las acacias se engalanan con sus lazos de seda roja, para coquetearle á tu espíritu, en la lírica misa de tus treinta días,

en que alzas tu sol como hostia de belleza, para que ante él se prosternen las almas sensitivas! . . .



DE UNA TARDE

En el áureo mar del ocaso cada arrebol es un bajel de púrpura.

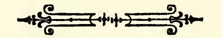
Una bandada de aves marinas mancha el lienzo apizarrado del océano.

El sol se retrata en las temblorosas aguas semejando un pulpo de oro que quisiera juntar las orillas para formar una mina de resplandores.

En la playa el viento mueve las largas palmas frondosas de los cocoteros altos, hacia los cuales vuela una parvada chillona de pericos. Una pareja se queda rezagada, quizás recordándose el amor que comenzó un día en el vivac hostigado del maizal, á la hora en que el alba prendía sus rojas flores en la seda azul del cielo, para luego ir apresurada, á juntarse y perderse en el follaje con la parvada que semeja un raro rosario volador.

Y miro cómo ondea la bandera patria en lo alto del cerro, sobre la fortaleza limosa, fingiendo una gran «mariposa amarilla, azul y roja» revoloteando sobre un pétalo de la gigante flor verde de la cordillera.

Y entonces, mi alma va y besa con todo su amor la bandera santa que aureola todos nuestros recuerdos gloriosos y nuestros puros timbres legendarios . . .



JULIO

Ríe en los cielos el primer destello de tu arco–iris multicolor; ríe y orgullosamente se revisten y abren sus quitasoles los piñoneros, dan su carcajada cristalina los pájaros escondidos entre el oro de los araguaneyes y veros, el azul de los guamachos y la sangre de los bucares, y los arroyos se despeñan cantando bulliciosamente por las faldas serranas y los cauces ásperos.

En los nidos ensayan sus alas los polluelos, las mariposas abandonan sus cárceles y las chicharras mueven sus alas diáfanas como suspirando por distintos paisajes, por un sol que apresure los frutos y haga reventar los hechos ya, en la ebriedad de su fuego.

Es un perenne canto el desengarce de cada franja de tu rico arco–iris; es un aliento de vida cada día tuyo; por eso el sol en la última de tus tardes, en señal de duelo por tu ida, pondrá un rojo arrebol de dolor, como una inmensa lágrima de sangre, en la pálida mejilla del ocaso! . . .



OCASO

Contra el peñón, hermosamente impasible y rudo, el mar bravío bate la azul porcelana sonora de sus aguas, que saltan con estrépito manchadas de espuma.

El sol que cobija la inmensidad con un fuerte tono de heliotropo y oro, y asoma, redondo y rojizo entre róseas nubes, acaricia suave y luminosamente, mientras va escondiendo su perfil tras el flanco áspero de la montaña occidua.

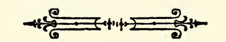
Se agita el mar y sobre los tumbos que tienen el prestigio triunfal del crepúsculo, saltan garridamente las balandras, con los linos como gigantes violetas y las vistosas banderas tremulantes.

Y á medida que se alejan, sus blancos cascos fulgen como grandes nácares que volaran con banderas de amatista en un inmenso mar de lilas manchado de oro puro.

El crepúsculo empieza á decrecer en los brazos del gris, y en los aires que se llenan de

multiformes sombras, marcan su vuelo las postreras golondrinas, mientras una banda de alciones perezosos vuela hacia el palmar tornasolado por la gloria luminosa del sol.

Viene la noche y el mar se inmoviliza bajo la caricia de la sombra, que lo besa dulce y luengamente! . . .



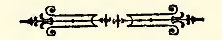
AGOSTO

Agosto! Suena como la melodía lejana de un valse criollo, de una de esas músicas del terruño que alegran los silencios de noches florecidas de luna y estrellas, surgiendo de un arpa, cancionera en medio de una montaña, bajo el techo de palmas de un bohío. Es la estrofa de la brisa que juega con el plumón rubio de los maizales; es el naranjo empavezado con los áureos nidos de azúcar de sus frutos maduros.

Es el mes épico del sol en que éste flamea las banderas de fuego de la canícula ardorosa y ensangrienta los largos tablones de los cañaverales, harmoniosos al soplo pánico de los vientos caldeados.

Agosto es la llanura de confines confundidos por la reverberación. Es el aliento cálido del sol que hace chillar hasta que estallan á las últimas chicharras, en los penachos de las pal-

meras. Son los caminos invisibles del espacio por donde peregrinan interminables caravanas de mariposas, siempre al horizonte, bajo la ígnea mirada del sol, deslumbrante esfinge de plata del desierto azul de nuestro cielo! . . .



NOSTALGICA

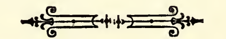
Apoyado en el balcón contemplo una gran nube plomiza que el viento de esta tarde de murria ha arrojado sobre el más alto crestón de la serranía y la ha ido desfluecando hasta hacerla fingir una loca pincelada.

El calor es intenso y el sol, que hoy ha estado atacado de palidez anémica, abre una brecha en la gran nube plomiza y precipita por ella un río rútilo y finísimo que va á hacer reverberar el océano.

Tan triste está la tarde, que no hay en la alameda un pájaro ni una flor en los jardines de la plaza: no hay sino el rojo de los techos, la esmeralda de los mangles y el azul de la mar cuajado de facetas.

Por fin una golondrina revolotea un momento ante mí; se posa en el alero, sobre mi cabeza, y pía tiernamente, como diciéndome algo: acaso que viene de mi tierra, cuyos recuerdos me llenan el alma, que va á bañarse en el sol

de ella, menos agresivo y cruel que el sol de esta hora, que hace hervir la sangre en mis venas y me enferma de murria.



SETIEMBRE

Es la canícula que incendia y la lluvia que apaga; es el sol asomando su cara de llamas entre nubes invernales; es el viento frío de las mañanas y el calor de los mediodías; el silencio de la Naturaleza borracha de sol y la música de las tormentas, cuando el cielo, como la cara de un raro clown monstruoso, se pintarrajea de negro y se mancha de relámpagos.

Es la yerba renovándose en los lomos de los cerros, haciéndolos simular inmensas esmeraldas.

Es el cafeto cuajando sus perlas oscuras al amparo de los bucares y yagrumos, y los maizales ensanchando sus mazorcas y ofrendándoselas al sol para que se las recame de oro fúlgido.

Son las noches engastadas de claras constelaciones y las mañanas sin auroras y sin pájaros.

¿Y acaso por ésto, no es Setiembre un mes

bello? ¿No es el silencio de la Naturaleza que será canto de vida espléndida cuando se recojan las cosechas y la sangre no sienta el influjo de las tormentas y de las horas sin sol?



BAJO EL ORO LUNAR

Ahora que en los jardines del cielo la noche abre su próvida floración de estrellas, emergen de los labios de un trovero bohemio, perdido entre la sombra de la calle arrabalera y acompañados de notas quejumbrosas de guitarra, unos dulces versos á los cuales el capricho de un inspirado numen plebeyo, tejió una música doliente como el romántico asunto de que hablan. Esa canción me ha hecho pensar, sin haber podido descubrir por qué extraño motivo que en el rojo nido de mi corazón, el amor es un pájaro que canta á las aguas divinas de unos ojos garzos, vistos un día remoto cuando Abril cuajaba primores en los rosales ó en otro día en que el invierno desparramaba sus arabescos de plomo en el azul deslumbrante de los cielos.

Esos ojos aparecen como dos radiantes manantiales de consuelo, en los cuales mi recuerdo se baña, apasionado y silencioso, esta noche novilunar llena de música y de ensueño; que veo brillar en un rostro suave de virgen criolla, especie de ideal flor de carne trigueña olien-

te á pomarrosas, junto con una bella boca pequeña, como un cundiamor de sangre, que se entreabre para dejar escapar un tesoro de palabras arrulladoras que me calman el dolor de heridas que mucho hace están abiertas sin querer restañar . . .

Mi alma, con ese recuerdo, me la antojo un rincón umbroso prestigiado con una abierta rosa de la montaña, un pedazo de cielo empenumbrado, manchado de puntos de luz momentánea de cocuyos, porque en ella viven como sombras, raras creencias del sentimiento espiritual, que acaso no me dejan ver claramente la lumbre divina; y ahora, me hinca el dolor de ese pájaro que llevo cantando en mí como para que olvide para siempre aquéllas creencias.

*

Esta noche novilunar me ha emborrachado de ensueño. A mí las noches estrelladas me brindan un rico vino lírico. Por eso esta noche, en medio de mi rara embriaguez, he pensado en el amor, que es el más puro de todos los lirismos. De suerte que estoy plenamente ungido por él, cuando las últimas notas que escucho, me las finjo abejas sonoras de la colmena musical de la guitarra, escapándose en romería harmoniosa hacia las áureas florestas celestiales! . . .



OCTUBRE

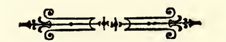
Las mañanas blancas del invierno que envuelven el paisaje en humo de agua; el azul del cielo cubierto por la cenicienta polvareda de los nubarrones; los árboles con las hojas dobladas por el agua y el frío dando su beso, mientras la bruma arropa las sierras: tal es Octubre.

Son los puñados de golondrinas en vuelo loco é interminable por los espacios tristes, necesitados de sol.

Es la melancolía que cobija todas las almas, desgranando las perlas turbias de las lluvias, que arrullan el sueño de la tierra, que despertará al conjuro de las días de cielos límpidos en que el sol aparece en el centro de ellos como una viva pupila de oro, y la luna, en las noches como una lágrima de plata fulgiendo sobre un rostro negro.

Es la tierra que se extremece para que le penetre la vida, que habrá de darnos como ma-

dre buena, cuando vengan los días de cielos bonancibles, con sus harmonías y sus encantamientos de luz maravillosa.



ATARDECER

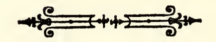
El crepúsculo colora la piel diáfana de la ciénaga, cuyas ondas el viento ensortija y adorna con fugaces encajes de espuma.

El último lampo del sol pone una lentejuela radiosa en cada onda y en las aguas quietas, bajo el ala florecida de un samán, simulan unas nubecillas que se disuelven, una bandada de cigüeñas de oro en vuelo pausado por un espacio azul rayado de profusas floraciones vespertinas.

Las cañas con sus anémicos brazos, desgarran la sutil seda del agua y entre los carrizos el viento harmonioso del atardecer, dice que la ciénaga es la rima de zafiro en el poema de esmeralda de la campiña.

Y mientras el crepúsculo se mustia á las miradas de la noche, á lo lejos en un bambual, los pájaros se ríen á trino suelto; la ciénaga se adormece en su lecho fangoso y en las aguas

quietas ya, la primera estrella de la noche se ve como la cabeza rútila de un fantástico pez de oro! . . .



NOVIEMBRE

A PEDRO LIZARDO.

Al romperse en ingente lluvia de recuerdos el mes de Octubre; al discurrir sonoramente la última campanada de las doce en la última de sus medias noches, surge Noviembre como un joyero nítido bordado de estrellas, mostrando en su seno, teñidas con ámbar fúlgido las perlas de sus días.

En la volubilidad del tiempo ruedan radiando esas perlas, y hasta las tumbas—misteriosos ojos ciegos—se ponen cejas y pestañas de siemprevivas blancas como neblinas, y violáceas como los mastrantos sabaneros que abren su seda á la risa de luz del sol.

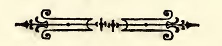
Al pasar una de esas gemas, que es de tradicionalismo y de cariño, los violines de las brisas pascuales echan á volar sus notas y los furrucos ensayan sus roncas quejumbres, que han de acompañar la ingenuidad de cuatro versos plebeyos.

Y vienen las flores más albas del año, cuan-

do sus lunas plenas, en la capilla alta de los cielos, son redondas campanas luminosas repicando á ensueño.

En sus tardes las brisas gélidas é impertinentes hacen coquetear al sol los primeros papagayos, mientras los pájaros, en honor á las rosas sangrientas de los ocasos, efluvian sus más almos gorgeos.

Al engarzar, pardo Noviembre en la trama de lo que pasa, trama recamada con todos los iris de la Naturaleza y del alma, la última de tus perlas, en la última de tus medias noches, pón en ella toda tu poesía y verás cómo el Diciembre que te sucede, procurará emular la gloria de tus noches y el prestigio de tus grandes lunas, que son redondas campanas luminosas repicando á ensueño, tachonando el verdor de los campos con sus pascuas que son gemas azules como tus cielos á pleno mediodía, y con sus pascuas blancas como las nébulas errantes que ponen gotas de rocío en las coronas de tus mastrantos sabaneros, que abren su seda á la risa de luz del sol! . . .



ROSA ALDEANA

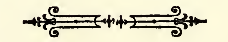
A MANUEL OCHOA.

Tal como ahora te admiro, te había soñado, oh, pueblo, en horas en que anhelé guarecerme bajo la tienda de tu melancolía; descubierto á los vientos que cimbran tus cocales crugientes, como si sus palmas siempre en roce vistieran de tafetán; mirando por un lado la sabana que se extingue en donde erecta el horizonte el largo monumento de su línea blanca; tendido á la orilla de tu lago azul y onduloso, como retorciéndote bajo el hálito de fuego de una de esas tempestades de sol de los mediodías venezolanos.

Yo sabía que tu diminuto templo era como un lirio inmóvil entre las ondas verdes del lago de tus campiñas; que tus crepúsculos eran rojos porque les prestaban su sangre, hecha flores, los bucares y las acacias; y había presentido que tus calles eran polvosas y solitarias, como si nadie hubiera cruzado por ellas en mucho tiempo.

Yo sabía que sólo un día al año te ataviabas de fiesta y te engalanabas ccn cintas multicoloras y que entonces sonabas alegre como una guitarra andaluza, y te agitabas nervioso como un cascabel que poseyera la gama de los sonidos, como si fuera una culebra de música.

Pero no sabía, pueblo hijo del sol, que te desahogaras de tus dolores, vertiendo el alma en el murmurío de tu lago, cuando la fina hoz de plata de la luna en paso, amenaza tronchar el lirio de tu templo, inmóvil entre las ondas verdes del lago de tus campiñas! . . .



DICIEMBRE

A FRANCISCO MARIN.

Viene esta vez como la anterior y quizá como la próxima: lleno de esencias y colores, de músicas y de ritmos.

Viene como siempre: tendiendo sobre los follajes las guirnaldas de sus pascuas azules, blancas y rosadas; con el sonoro ruido de sus chinescos, los sones destemplados de sus furrucos y las notas melancólicas de sus cuatros.

En estos días las brisas frías que hieren nuestro rostro, nos lo perfuman y nos lo colorean con el mismo tinte con que se tiñe el glóbulo verde del cafeto en los últimos días del invierno.

Diciembre es un mes de amor: hasta las abejas se ocultan en los cálices de las pascuas, con cierta gracia que subyuga, como temerosas de que el sol las deslumbre ó las embriague con su luz.

*

Diciembre es un rosal: son capullos sus días: cada día que empieza es un capullo que se abre; cada día que expira es una rosa que se deshoja.

Por eso es Diciembre un rosal: porque tiene perfumes y tiene colores.

*

Diciembre es una estrofa: sus cuatro semanas son cuatro versos.

La lira de la Naturaleza vierte en los aires sus notas más puras; notas que son aves blancas y que con sus gargantas llenas de música, inundan el corazón y el alma con el torrente diáfano del ritmo.

Por eso es Diciembre una estrofa: porque tiene músicas y tiene ritmos.

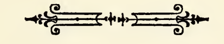
*

Diciembre es una rubia de labios de guinda, cabellera de oro y ojos de turquesa, en las regiones donde la nieve muestra la albura de su vellón: Morena de labios rojos, dulces y frescos, como los ramos frescos, dulces y rojos de la chupachupa en flor, bajo el sol tórrido de nuestra zona.

*

Amemos sus brisas frías: respiremos esas brisas que traen á nuestros oidos el ruido sonoro de los chinescos, los sones destemplados de los furrucos y las notas melancólicas de los cuatros. Aspiremos esas brisas frescas que nos harán ser felices á través de los once me-

ses que faltan para que llegue el otro Diciembre á tender sobre los follajes las guirnaldas de sus pascuas azules, rosadas y blancas; el otro Diciembre que vendrá lleno de músicas y de ritmos, de perfumes y de colores; el otro Diciembre que será una estrofa, que será un rosal! . . .



INDICE

